

## HOMILÍA EN LA BASÍLICA DE GUADALUPE

**-P.Prisciliano Hernández Chávez, CORC.**

*“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la buena noticia a los pobres; me ha enviado a anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor”(Lc4, 18-19).*

Hoy en la acción del Espíritu Santo, en este sacrosanto lugar, se cumple la Escritura. Primero en Jesús en su momento histórico y pervive en quien continúa su misión mesiánica a través de los siglos, en el hoy de Dios; se cumple en el Padre Enrique, ungido del Señor; se cumple en nosotros ungidos del Señor por el Espíritu Santo y configurados en Cristo Sacerdote, Víctima y Altar. En Jesús se cumple plenamente: según el “yo” que lo pronuncia, es su alcance real, ayer, hoy y siempre. Ante esta proclamación habrá reacciones de rechazo o de admiración. Jesús, uno de nosotros, uno con nosotros, recalca su humanidad, escandaliza, porque es paisano de Nazaret; pero es el Hijo de Dios quien atestiguó su condición mesiánica con sus milagros, particularmente con el de su resurrección, cuando el Padre lo acredita, según el primer mensaje de Pedro después de Pentecostés, donde el Espíritu, también descendió sobre el Colegio Apostólico y María Santísima para proclamar en su misión que Cristo es el Kyrios, el Señor, Mesías Salvador.

San Pablo en el texto que hemos proclamado (1Cor 2,1-5), experimenta y vivencia la verdadera sabiduría de Dios y fuerza de Dios Jesús, el Mesías-Cristo, Crucificado. Más allá de toda elocuencia, más allá de toda filosofía y pretensiones humanas. El proclama el misterio escondido y revelado, condensado en Jesús, Automanifestación y Autorrevelación de Dios, ayer, hoy y siempre. La fuerza de su mensaje radica en el Espíritu Santo con el cual también Pablo fue ungido.

El Padre Enrique y nosotros sus hijos, miembros de esta Confraternidad de Operarios del Reino de Cristo, hemos sido ungidos por el mismo Espíritu para continuar la misión de Jesús en el tiempo por la acción perenne del mismo Espíritu Santo en nosotros, ungidos por el poder y la sabiduría del Pobre de Nazareth, revestidos con su poder, en la vulnerabilidad de nuestras especies humanas.

Aquí y ahora, invocamos al Espíritu Santo para que realice su obra, en la apertura de nuestro corazón, desde María de Guadalupe, Nuestra Madre. Nuestro “yo” puede asumir este momento y esta misión con toda conciencia, convicción, fuerza y humildad.

Aquí y ahora, en esta Insigne Basílica de Nuestra Madre Santísima de Guadalupe, la Casa de todos los hijos de Dios, y no sólo de los mexicanos, particularmente la Casita-Hogar de nosotros Operarios del Reino de Cristo en íntima vinculación con el Santuario de la Quinta Aparición Guadalupana, donde la Virgen Santísima, con entrañas de Madre intercedió y se hizo presente para consolar y curar al tío de san Juan Diego, -Juan Bernardino. Aquí la Madre de Dios, escucha nuestras súplicas ante la confianza de quien nos dice en la persona de san Juan Diego: *“Escucha, ponlo en tu corazón, Hijo mío el menor, que no es nada lo que te espantó, lo que te afligió; que no se perturbe tu rostro, tu corazón; no temas esta enfermedad ni ninguna otra enfermedad ni cosa punzante, aflictiva. ¿No estoy aquí yo, que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Tienes necesidad de alguna otra cosa? Que ninguna otra cosa te aflija, te perturbe; que no te apriete con pena la enfermedad de tu tío (-Juan Bernardino), porque de ella no morirá por ahora. Ten por cierto que ya está bueno”* (NM 117-121, traducción del P. José Luis Guerrero).

En este Santuario dedicado a Nuestra Madre Santísima de Guadalupe, escuchamos su amable presentación de quien tiene el honor de ser Nuestra Madre: *“Porque yo en verdad soy vuestra madre compasiva, tuya y de todos los hombres que en esta tierra están en uno. Y de las demás variadas estirpes de los hombres, mis amadores, los que a mi clamen, los que a mi me busquen, los que confíen en mí, porque allí les escucharé su llanto, su tristeza, para remediar, para curar todas sus diferentes penas, sus miserias y dolores.”*(íbidem 29-32).

Estas palabras de la Virgen Santísima, también las dice a cada uno de los visitantes, devotos y peregrinos; a nosotros Operarios aquí y ahora, en este su Santuario-Casa-nuestro Hogar. En cierta manera, por beneplácito divino y por participación, a Ella se le ha concedido, por decirlo así, una cierta omnipresencia de Madre, entendible desde las entrañas misericordiosas del Padre, desde su *rahamím*, expresadas por este gran Papa y Santo, Juan Pablo II: *rahamím, es decir,-entrañas de madre.*

¡Qué importantes son los paradigmas en la vida de los pueblos, de las ordenes y Congregaciones de religiosos y consagrados en general y de la Confraternidad en particular, con el ejemplo señero de nuestro Fundador el Padre Enrique Amezcua y de nuestros Cofundadores, S.E.M. Abrahán Martínez y S.E.M. Pío López! Son una luz, una tea encendida en la oscuridad de los tiempos, en nuestro eclipse epocal. San Juan Diego es un hijo de nuestro pueblo, elegido por la Virgen Santísima para que fuera su discípulo y misionero, en calidad de hijo muy amado, el menor o el más pequeño. Ese encuentro de la Madre y san Juan Diego, constituyen el núcleo del acontecimiento del Tepeyac, y debería ser para nosotros como Operarios, otro tanto. La Virgen Santa María lo llama *“Noxocóyouh”*, el más pequeño de mis hijos, a un hombre adulto de cultura náhuatl. *“No”*, significa mío; *Xocóyotl*, fructificación. No quiere decir que sea menor de edad, sino lo más precioso para la Virgen. Al principio lo llama por su nombre, Juanito Juan Dieguito, una y dos veces, solamente. Después siempre será *“Noxocóyouh”*. Diálogo amoroso para la misión,

edificar la cultura del amor, la civilización donde la persona es lo más importante y no el sistema; Ella es la Madre y quiere que en san Juan Diego, todos y cada uno seamos hijos pequeños, muy amados. Será tratada por san Juan Diego como “*Notecuiyoé*”, es decir, Señora mía, Patroncita, Dueña mía. Reconoce su capacidad de mando. En otros momentos la llamará “*Cihuapillé*”, es decir, Reina, Niña Mía. También la llamará “*Nochpochtziné*”, Mi muchachita, Mi Virgencita. Revela el gran cariño mutuo del lenguaje del amor más tierno y respetuoso. La Virgen, conquistó su corazón para dar a conocer la misión de ser la Madre de todos, a través de su hijito san Juan Diego. Idilio de amor de Madre y de amor de hijo. Ese encuentro es acontecimiento que habrá de repetirse en esa interrelación de la Madre con cada hijito. Con cada uno de sus devotos, con cada Operario. Aquí está la clave de la vida, de la Confraternidad y de toda persona que vuelve a nacer desde la mirada, la palabra- aliento del corazón de la Virgen Santa María de Guadalupe. Este es san Juan Diego, icono del hijo amado y del testigo del amor de “*Notecuiyoé-Patroncita-Dueña mía*”, *Cihuapillé-Niña Mía*” y de “*Nocipochtziné-Mi Muchachita-Mi Virgencita*”. Este encuentro es nuestra verdad, es nuestro camino, es la luz de la vida y su sentido. Pudiera ser que nos encontremos como el tío-padre Juan Bernardino, enfermos por los desalientos, las penas morales o las propias debilidades y vulnerabilidades. Ella nos acoge y nos sana para que el Espíritu despliegue toda su fuerza en nosotros, para continuar nuestra condición de discípulos y misioneros de Jesús y de esta Nuestra Madre, para edificar la civilización del amor, el Reino de Cristo, el Templo pedido por Santa María, aquí en este lugar, con otros hermanos, en colaboración sincera, franca y sobreabundante con nuestros padres-obispos, y con Pedro, que hoy es nuestro amado Papa Francisco, cum episcopo et sub episcopo, cum Petro et sub Petro.

La Virgen de Guadalupe en Perspectiva de Códice Mesoamericano.

Hemos de considerar “*Amoxtlalpan*”, es decir, “tierra de libros”, la tierra del libro que Dios ha escrito, como *Tlacuilo divino*, tomando de nuestros magueyes, su *amatl*, para dejarnos a Santa María de Guadalupe en el Tepeyac; la Virgen de Guadalupe es nuestro *Amoxcalli*, la casa de nuestro libro.

En su Imagen tenemos las cuentas del tiempo, la totalidad de las cosas divinas. En ella evocan las actuaciones divinas y el destino los mexicanos y toda la humanidad. Leer este códice divino-“*teoamoxtli*”, significa adentrarse en el mundo de la imagen-palabra, de la palabra-imagen. Tiene su condensado simbólico en su tramado significativo. Cada quien se acerca al códice divino y desde su propia experiencia lo lee. Después se puede tener otra vivencia y una mayor profundización. Los lectores no solo “contemplan”, sino “escuchan” lo que ven. Se constituyen en “*amoxhtocah*”-es decir, cada uno discípulo que sigue el camino marcado por este amoxtli-códice divino. Aquí se encuentra el “*tonalpohualli*”, la orientación de nuestro destino; aquí está nuestro *teotlamatiliztli*,

nuestro saber divino. Ella es nuestro *Xiumatl*-nuestra peregrinación orientada con su Luz, como nuestro Sol, el caminar del Sol, que es Ella para nosotros con Jesús-Sol , porque ella se vistió del Sol y el Sol se vistió de Ella.

A través de la Flor Santa María, Dios estará en nuestro corazón, "*enyotéotl*"; "*yóteotl*", con este corazón elevar a lo divino las acciones, porque ahí se ha dialogado en el encuentro de interioridades con la Madre y con Dios, cuya portadora es Ella.

Será el Tepeyac, "*Tlatoloyan*", "el lugar donde es realidad la palabra" y se inicia la historia, la tradición y el sentido de la vida.

Con Ella, el Evangelio y nuestros sacerdotes, se tiene que realizar el "*neyolmelahualiztli*", "acción de enderezar el corazón" para promover la patria, hogar de todos, la Confraternidad, "*Cencalli*"; Ella es nuestro *Cencalli*, la Casa de todos. En Ella tenemos nuestro "*Temicámatl*", el libro de nuestros sueños; nuestro "*Cuicámatl*", el libro de nuestros cantos, y para todas las generaciones nuestro "*Huehuetlatolli*," la antigua palabra, que tiene la frescura del aquí y del ahora, del cielo: "**¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?**" Construye con el Obispo, mi Casita Sagrada. Sé tú también un libro divino, un "teoamoxtli", un "tlacuilo," que llenes de color de amor tu ámbito familiar y social, la Confraternidad, la Iglesia. En una palabra, sé Operario del Reino de Cristo.

En el Padre Enrique, tenemos una huella a seguir, un carisma a vivir. S,E.M. Luis Morales Reyes expresó,- en el prologo del libro sobre el "Padre Enrique Amezcua, Hablan sus Hermanos": "*me atrevo a decir que la clave de la lectura de este libro es el amor sacerdotal: una vida entregada, ofrecida, desgastada hasta la muerte a favor de las vocaciones sacerdotales; una vida excepcional y quizá única en su tiempo, en este país*" (pág 9). Cito unas palabras de la Introducción de este libro que nos iluminan en este momento: "En momentos difíciles como los que vivimos actualmente, donde se ha perdido gran parte de las grandes figuras como elementos de identificación...Nuestro Fundador como una persona privilegiada por Dios, dotado de una espiritualidad y lucidez que va más allá de lo común...acercarnos a su vida y obra, lo que permitirá vivir más intensamente el espíritu de entrega sacerdotal que él vivió, así como los afanes intensos que siempre tuvo en su corazón, entre los que se encuentran: el amor a Cristo, a María y a la Iglesia, el trabajar por las vocaciones sacerdotales, el dar sacerdotes a la Iglesia, el fomentar la vida comunitaria entre los sacerdotes..." (o.c. p.9).

Termino, con esta oración del Papa emérito Benedicto XVI: "Oh Padre, haz que surjan entre los cristianos numerosas y santas vocaciones al sacerdocio, que mantengan viva la fe y conserven la grata memoria de tu Hijo Jesús mediante la predicación de tu Palabra y la administración de los sacramentos con los cuales tú renuevas continuamente a tus fieles. Danos santos ministros, custodios de la Eucaristía, sacramento del don supremo del mundo. Llama ministros de tu misericordia que, mediante el sacramento de la Reconciliación, difundan la alegría de

tu perdón. Haz, oh Padre, que la Iglesia acoja con gozo las numerosas inspiraciones del Espíritu de tu Hijo y que dóciles a sus enseñanzas, se tenga cuidado de las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada. Apoya a los Obispos, los Sacerdotes, los Diáconos, los consagrados y a todos los bautizados en Cristo, a fin de que cumplan fielmente su misión al servicio del Evangelio.”

“Sagrado Corazón de Jesús Perdónanos y sé nuestro Rey; Santa María de Guadalupe, bendice a tus hijos para que venga a nosotros y por nosotros el Reino de tu Hijo Jesucristo”.

*“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la buena noticia a los pobres; me ha enviado a anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor”. Amén.*

**Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, a 3 de septiembre del 2018**